

Carta a un especulador

Estimado señor:

Vivo en un primer piso sin ascensor, junto a mis padres y hermanos, en un pequeño edificio de tres plantas rodeado de grandes moles que penetran en el cielo a centenares de metros de altura, y que marcan de tonalidades grises y sombrías, los ínfimos objetos o personas que pasean a sus pies.

Nuestro portal, el número uno de la calle, se ha convertido en un pequeño bastión rebelde que lucha contra la deshumanización impulsada por el progreso. En nuestro portal todos nos conocemos y nos saludamos, ayudamos a subir las bolsas de la compra a los más ancianos y a menudo nos comunicamos a voz en grito a través del patio, simplemente para avisar a los vecinos de que está lloviendo y deberían tapar la ropa del tendedero, con la misma naturalidad con que lo hacen en los pueblos. El solo hecho de mencionarlo ya me arranca una sonrisa.

Sé los nombres de cada uno de mis vecinos, y me preocupo de veras, si me entero de que la señora Gloria que vive en el Segundo B con su hijo soltero, ha sido ingresada; he vivido la alegría del nacimiento de un nuevo hijo en la casa de mis vecinos de la puerta de enfrente, Andrea y Roberto, una pareja joven recién llegada a nuestra comunidad, como si se tratase de uno de mis propios sobrinos; he sobrevivido a varias fiestas de cumpleaños de la hija adolescente de mis vecinos de arriba y ahora soy su profesora de inglés y su confidente. Vivencias y sentimientos impagables.

Hace unas semanas unos hombres, elegantemente trajeados, nos plantearon vender el edificio, seguro que los conoce. A cambio nos cederían viviendas de lujo a un precio irrisorio y contaríamos por fin con nuestra propia parcela de garaje además de un trastero propio.

Ayer celebramos la reunión de la comunidad para plantear el tema. Por primera vez acudí en representación de mi familia, y lo hice con cierto temor. Sé que nuestro edificio necesita arreglos y que la instalación del ascensor no se puede demorar más. Soy la primera que estrenó en su día las retorcidas escaleras con una caída que me costó un esguince y un brazo rotos, pero no quiero vender y se lo he comunicado a mis padres. Pero, no, no quiero perder este maravilloso ambiente de cordialidad y cercanía que me hace sentir en casa y pensar en la expresión: “hogar, dulce hogar”, en cuanto me aproximo al portal tras mi turno de trabajo. Parece que mis vecinos son de mi misma opinión.

Jeruso, el personaje de Pilar Mateos del libro “Jeruso quiere ser gente” aspiraba a todo lo que siempre hemos tenido y no queremos perder. Y como él, reivindicamos el encanto de un trato cercano y cordial como el que hemos disfrutado hasta ahora. Creo que si les vendiéramos el edificio eso quedaría relegado al olvido y no seríamos los mismos. No espero que lo comprendan, pero sí que lo lean.

Sin más, reciba un cordial saludo.

REBECA GONZALO LÓPEZ

Presidenta de la Comunidad de Vecinos de...